
PRESENTACIÓN

Ramón Ramos Torre

Universidad Complutense

Sabido es que la sociología depende de su historia, y no sólo en el sentido trivial de que a lo largo de ella se constituye y de ella resulta, sino también en el sentido más relevante de que sus cambios más profundos suponen siempre un ajuste de cuentas (relecturas, condenas o rescates) con su pasado constituyente. Esta atención a los clásicos es uno de sus rasgos más profundos, como si en ellos —en esa brillante y tensa trinidad que constituyen Marx, Durkheim y Weber— se encontrara el punto de partida obligatorio para cualquier interrogación radical sobre lo social. Volver a los clásicos no constituye así tradicionalismo o acto de piedad, sino signo de la radicalidad de un pensamiento que sólo es capaz de saberse a sí mismo en diálogo con los fundadores del proyecto del que se reconoce formando parte.

La publicación de *El Suicidio* en 1897 es uno de los hitos de esa historia. Ciertamente, Emile Durkheim fue padre de criaturas librescas muy dispares, cada una con una propia historia —piénsese en las *Reglas del Método Sociológico* (1895) o en *Las Formas Elementales de la Vida Religiosa* (1912)—, y su obra no se puede reducir a la publicación de la monografía sobre el suicidio. Es más, y jugando ya a las conjeturas, es probable que no fuera esta obra la que, al final de su vida, considerara la más significativa, aunque nunca se desdijo de ella y siempre subrayó su importancia. Pero la historia posterior la ha convertido en un punto obligado de referencia, pues en ella aparece la manifestación primera y brillante de ese matrimonio soñado entre una socio-grafía, atenta a

la actualidad y medidora de sus datos, y una socio-logía, capaz de interpretarlos y explicarlos racionalmente según principios propios.

El centenario de la publicación de *El Suicidio* es, pues, una buena ocasión para repensar esa obra y volver a Durkheim. A lo largo de esos cien años se ha acumulado una ingente literatura interpretativa sobre ella y su legado se ha encaminado por derivas que Durkheim nunca habría sospechado. Los trabajos aquí recogidos son muestra de esa historia acumulada, pero también de la actualidad de ese libro centenario. Enfocan sus distintos aspectos y significaciones y, aunque no plenamente coincidentes en sus interpretaciones y evaluaciones finales, sí participan en un mismo acuerdo de fondo: la conmemoración no es tiempo para elogios sin tasa o nostalgias de fundación, sino para proceder a una evaluación crítica que no desdeñe poner de relieve lo que hoy en día consideramos errores, ingenuidades o torpezas del clásico que seguimos leyendo. Que nadie espere, pues, ciega complacencia en las páginas que siguen.

El Suicidio plantea un enigma al lector actual. Obra elogiada por su brío teórico, no muestra claramente el aparato teórico con el que procesa su información y ha sido objeto de las más variadas interpretaciones que afectan tanto a su entramado teórico general como a sus distintas partes. El trabajo de Ramón Ramos propone introducirse en ese bosque tupido y levantar su mapa básico. Concebido el itinerario teórico de la obra como un círculo en el que se parte de los datos (tasas de suicidio) para hacerlos analíticamente inteligibles y volver sobre ellos en forma de una explicación sociológica, muestra la intrincada arquitectura teórica de la obra y apunta de qué modo se precipita en aporías y laberintos lógicos que Durkheim, o no percibió, o no supo resolver.

El artículo de Philippe Besnard —tal vez el más brillante y sistemático lector de *El Suicidio* de los últimos años— se centra en el estudio de algo que ha llamado siempre la atención a los lectores de la obra, pero que erróneamente se ha tendido a dejar de lado como irrelevante. Me refiero a la marginación de uno de los tipos de suicidio, el fatalista, sobre el que Durkheim da la escasa noticia que proporciona una nota a pie de página al final de su análisis del suicidio anómico. Besnard muestra las servidumbres que esa marginación comportó sobre la maquinaria interpretativa de la práctica suicida y procede a una relectura que, apoyándose en Durkheim pero también modificándolo expresamente, reconstruye el tipo patológico del fatalismo y lo resitúa en sus relaciones con la anomia, purificando y completando así la irregular teoría durkheimiana de la regulación social. De este modo no sólo se resuelven problemas interpretativos, sino que además se prolonga la lectura de un clásico en una labor de reconstrucción analítica que, yendo más allá de su estricta literalidad, lo completa y actualiza. Quien hoy en día se interese por los problemas de la regulación social no puede dejar de lado las propuestas de Besnard, su lectura de Durkheim.

Pero no todo es elaboración teórica en *El Suicidio*. Si la obra ha sobrevivido

do es porque fue más allá de la filosofía social y se construyó como un tratado empírico, técnicamente brillante. El trabajo de Alvira y Blanco Moreno se adentra en la evaluación de esa parte de la obra. La aproximación es crítica: visto con los ojos actuales resultan rechazables el recurso durkheimiano a las tablas bivariadas y la consecuente falta de control de las terceras variables, su tendencia polémica al monocausalismo, su apuesta por un universo determinista, la falta de resolución empírica de sus definiciones estratégicas, su tratamiento sesgado de algunas de las evidencias empíricas por medio de las que polemiza con sus rivales, etc. Con todo, la obra es apreciada como un punto de referencia fundamental en el complejo viaje hacia una sociología de base empírica y técnicamente sofisticada en el tratamiento estadístico de los datos, pues el hecho de que Durkheim no sea ya nuestro estricto contemporáneo no significa que haya dejado de ser uno de nuestros predecesores más esclarecidos, cuya lectura sigue siendo instructiva.

La modernidad de *El Suicidio* es el tema que centra la atención de la contribución de Javier Callejo. Concebida tal modernidad al modo propuesto por Bruno Latour —de cuya obra se hace una interesante proyección—, se muestra que en esa monografía Durkheim fija el modelo del informe sociológico moderno. Su tarea consiste en purificar un mundo de hechos susceptibles de observación y medición objetivas, separados de los deseos o prejuicios del analista. Realizada tal purificación —análoga a la que ya se había operado en otros campos del saber científico—, Callejo destaca hasta qué punto el escrito resultante difiere de los informes sociológicos anteriores. Pero como, siguiendo la hipótesis de Latour, toda purificación modernizadora está abocada a traicionarse a sí misma, Callejo desvela también cómo el informe puro se desliza a continuación hacia una labor de traducción que junta y amalgama lo que previamente había sido segregado, dando respuesta así a los requerimientos pragmáticos que pesan sobre el sociólogo-analista.

Si Callejo analiza ya *El Suicidio* como escritura, el trabajo de Overington profundiza en esa vía con la pretensión de mostrar su estructura retórica. La potencia de los grandes textos no se puede comprender tan sólo en función de su estricta arquitectura lógica o el rigor de sus fundamentos empíricos, sino también en función de su capacidad persuasiva, es decir, en términos de la retórica que encarnan. *El Suicidio* es ejemplar en este sentido. Erróneo sería concebirlo exclusivamente como un monumento retórico, pero no menos sería desatender a lo que su eficacia debe al viejo arte de la persuasión.

Overington parte de la constatación de la paradoja que genera una obra que es considerada un monumento clásico —por lo tanto ejemplar— y es a la vez objeto de múltiples críticas que ponen de relieve sus insuficiencias. ¿Cómo puede ser ejemplar lo que parece carecer de ejemplaridad? Su respuesta es que sólo lo podemos comprender si lo concebimos en términos retóricos, es decir, como una empresa persuasiva capaz de generar un mundo. Y siguiendo esa hipótesis muestra que *El Suicidio* hay que analizarlo como una respuesta exitosa a una situación retórica y que su estatuto actual de clás-

sico responde a su eficacia a la hora de popularizar, celebrar e iniciar en la empresa de la sociología tal como se concibe hoy en día frente a otras empresas posibles.

La problemática epistemológica domina las reflexiones de Gonthier. Su tesis fuerte es que en *El Suicidio* no sólo asistimos a la reconversión sociológica de lo que ya había sido convertido en un hecho social a lo largo del XIX, sino además a la autofundación de la sociología; dicho de otra manera, el suicidio como fenómeno no es sólo el punto de partida para hacer más amplio el universo temático de la sociología, sino para constituirla propiamente. La razón es que en ese fenómeno se muestra, en su forma pura y dramática, lo que para la sociología constituye su aporía fundamental, la articulación individuo/sociedad. De ahí que se pueda decir que en la escritura de esa obra las pretensiones epistemológicas fueron prioritarias y que Durkheim operara animado por una intención más puesta en la sociología misma que en el suicidio.

Por su parte, en su erudita nota de investigación, Massimo Borlandi nos introduce en una doble indagación de tinte cuasi-detectivesco. Por un lado, se reconstruye a partir de indicios varios el complejo proceso de acumulación de evidencias empíricas y de escritura de *El Suicidio*. Por el otro, se nos informa de lo que, ciertamente exagerando, se podría reconstruir como un crimen perfecto. En efecto, utilizando algunas cartas inéditas de Durkheim, Borlandi nos muestra de qué manera éste consiguió de su archi-rival Tarde la evidencia empírica que le habría de servir para refutar las pretensiones de su sociología alternativa. Si los caminos del Señor son intrincados, en este caso se nos deja ver cómo no todo era *fair play* moral en las estrategias polémicas de un Durkheim que, sin embargo, siempre fue adalid de la reconstrucción moral del mundo social contemporáneo —tal parece que una victoria académica bien vale un mucho de hipocresía.

Los estudios sobre Durkheim y *El Suicidio* concluyen con una nota bibliográfica presentada por Gonzalo Cataño, uno de los más activos durkheimiólogos latinoamericanos. En ella se da una información exhaustiva sobre la suerte editorial de la obra de Durkheim en sus traducciones al castellano. El panorama es complejo y peculiar. Sobre todo esto último, pues esa historia de traducciones ha seguido una deriva poco acumulativa y sistemática, surgiendo cada nueva versión sobre la amnesia de las anteriores.

El monográfico se cierra con la publicación de dos textos de Durkheim fuertemente relacionados con *El Suicidio* e inéditos en castellano. El primero es un interesante artículo de 1888 sobre el suicidio en el que Durkheim muestra ya su interés por el estudio del fenómeno y se muestra como un aventajado seguidor de la Estadística Moral del XIX que se había volcado en su estudio empírico. El otro trabajo es un artículo publicado en 1906, casi veinte años después, en el que su autor vuelve al análisis de las relaciones entre el suicidio y el divorcio que tanto le habían interesado en las páginas de *El Suicidio*. El escrito tiene una dirección expresamente política, pues por medio de él se quieren argumentar específicas posiciones en el debate que sobre el divorcio

enfrentaba entonces a la sociedad francesa. Se muestra así cómo Durkheim nunca separó la reflexión epistemológica, la reconstrucción teórica y la investigación empírica del suicidio de su relevancia práctica y proyección política. Buen sociólogo, siempre pretendió, además, ser esclarecido ciudadano y eventual consejero político.

ESTUDIOS